

LOS MAMES DE LA REGION ONCOCERCOSA DEL ESTADO DE CHIAPAS

RICARDO POZAS

Comisionados por el Instituto Indigenista Interamericano y bajo la dirección de Manuel Gamio, un grupo de antropólogos, reunidos con otros especialistas, colaboramos en una investigación cuyo objeto era presentar conclusiones prácticas para eliminar el peligro del contagio y la propagación de una seria enfermedad tropical: la oncocercosis.

La solución a este problema es básicamente médica, pero se quería saber si el padecimiento tenía alguna relación con la cultura, ya que los indios de aquella región son víctimas de la enfermedad en mayor proporción que los no indios.

En 1945, fecha a la que nos referimos, se habían intensificado los trabajos de investigación en el laboratorio, en busca de una droga para curar la oncocercosis. Se tenía gran interés en hallar una rápida solución al problema, antes que la Carretera Panamericana alcanzara la zona infestada.¹

Se integró la comisión investigadora con un geólogo, un arqueólogo, un botánico, dos ingenieros agrónomos, dos médicos, un antropólogo físico y cuatro etnólogos.

La investigación fué costeadada por la Oficina Sanitaria Panamericana y no se escatimó ningún gasto para su mejor realización. Nos dieron algunos antecedentes sobre el padecimiento, proporcionándonos a la vez los medios para evitar la picadura del simúlido transmisor de la enfermedad.

Ibamos fuertemente impresionados por lo que sabíamos de los estragos

¹ Había entonces el proyecto de hacer pasar dicha Carretera por la región que nos ocupa.

del mal, pero cuando estuvimos en contacto con la gente de los pueblos infestados, notamos que los nativos le temían más a otras enfermedades de la región, como al mal morado, padecimiento asociado a la oncocercosis que retarda el desarrollo personal y envejece prematuramente. Observamos también que la epilepsia, el paludismo, la disentería y los parásitos intestinales hacen más estragos en la población que la misma oncocercosis.

A los etnólogos se nos encomendó el estudio del aspecto económico y cultural de la región, complementario de las demás investigaciones del padecimiento que habían de hacerse entre la población misma y en el laboratorio. El trabajo etnográfico, o sea el nuestro, se dividió como sigue: estudio extensivo de toda la zona infestada, poco profundo y dirigido a obtener informes y observaciones esencialmente de carácter económico, a cargo de Anne Chapman; estudio de las condiciones de trabajo en las fincas cafeteras, encomendado a Arturo Monzón y, por último, estudio intensivo de un pueblo típicamente representativo de la zona oncocercosa, abarcando todos los aspectos de la vida cultural, hasta donde fuera posible, a cargo de Isabel Horcasitas y del autor de estas líneas.

La zona infestada por la oncocercosis, en el Estado de Chiapas, comprende 17 municipios surianos de la frontera con Guatemala. Hállanse enmarcados por otras tres áreas geográficas: la planicie costera, la vertiente suroeste de la Sierra Madre, y, en esta misma, la vertiente del río Grijalva.

La planicie costera está formada por una faja de tierra de aluvión, de unos 25 a 30 kilómetros de ancho, a lo largo de la costa del Pacífico. El paisaje natural de esta área es más o menos uniforme en todo lo largo de la costa; pocas tierras quedan aún vírgenes, conservándose la selva tropical poblada de guacamayas, loros, iguanas y demás especies asociadas. Los pantanos de aguas salobres, antaño poblados de caimanes, donde solían verse aves de hermoso plumaje, hállanse hoy casi desprovistas de fauna. Siguiendo hacia el mar, hay una faja de tres a cuatro kilómetros de mangles, árboles de altas raíces descubiertas que emergen de las aguas saladas y que constituyen la vanguardia en la lucha por robarle tierra al mar. En seguida vienen los esteros con sus aguas tranquilas; después el cordón litoral y, por último, el mar abierto.

Por esta planicie corre el Ferrocarril Panamericano, en cuyo trayecto han surgido muchos pequeños pueblos, mientras otros han crecido hasta convertirse en ciudades de primera importancia, como Huixtla y Tapachula. En esta área el hombre ha talado la selva substituyéndola por plantaciones de plátano, arroz, caña de azúcar, o bien por zacatales que sirven de po-

trero para el ganado. En los esteros el hombre explota pequeñas salinas, o se dedica en sus quietas aguas a la pesca del camarón.

El área costera queda fuera de la zona infestada por la oncocercosis.

La Sierra Madre, en su vertiente suroeste, representa la segunda área geográfica. Esta ofrece una inclinación fuertemente marcada, ya que se eleva en el corto espacio de unos 25 kilómetros, desde unos cuantos metros sobre el nivel del mar hasta los 2,000, alcanzando su punto más alto en el Tacaná, volcán cuya altura es de 4,060 metros sobre el nivel del mar. Por la cima de éste pasa la línea divisoria entre la República de Guatemala y la de México. Desde este punto se admira un grandioso panorama que alcanza las aguas del Pacífico.

Forman el sistema fluvial de esta vertiente multitud de ríos y arroyos que llevan agua durante todo el año.

El paisaje de la Sierra apenas varía en aquellos lugares donde empiezan a formarse los valles del sistema fluvial del Golfo de México. El paisaje natural de toda esta área no sufre cambio notable por efecto del cultivo del café, pues estos plantíos requieren la conservación de árboles frondosos a fin de proteger con su sombra los cafetales. Subiendo por la Sierra no es fácil darse cuenta cuando se pasa de la selva virgen a los plantíos de café. En este declive es donde se halla la rica zona del Soconusco, poseedora de las mejores fincas productoras del codiciado grano.

Las partes más altas de la Sierra Madre, que reciben las frescas brisas del Pacífico, están cubiertas de espesos bosques de coníferas, donde la niebla es casi perpetua y el ambiente frío y húmedo. En estas tierras se cultiva la papa y el maíz, y se pastorean rebaños de carneros.

La tercera área está constituida por el nacimiento de los valles formados por los afluentes del río Grijalva, cuya desembocadura, como es bien sabido, se halla en el Golfo de México. El paisaje es aquí árido. En algunos valles la vegetación es gris, de bosques pobres, plagados de vegetaciones parásitas, en su mayoría orquídeas de las más variadas, y "palo de copal", del que los indios hacen su principal industria. Se encuentran con frecuencia en esta vertiente grandes declives sin yerba siquiera, o a lo sumo, cubiertas de zacatón; solamente en el fondo de los valles, o a la orilla de los ríos, puede vivir el hombre, formando núcleos de incierto y escaso desarrollo económico, como Motozintla y Mazapa.

En las laderas de la Sierra Madre, a la mitad de su altura poco más o menos, y en las dos vertientes citadas, encuéntrase muchas ruinas arqueológicas y una gran cantidad de cerámica, identificada con la de los com-

plejos arcaico, olmeca, tolteca y maya. Estos lugares fueron abandonados por sus habitantes indígenas mucho antes de la llegada de los conquistadores españoles, tal vez para desplazarse a otros sitios por requerirlo así su sistema de cultivo de roza, como parece indicarlo los vestigios arqueológicos de las culturas citadas. Un poco más abajo, a unos 300 metros sobre el nivel del mar y en la vertiente del Pacífico, se encuentra el Soconusco, también lugar arqueológico, que fué tributario de México hasta la época de la Conquista.

Las lenguas que se hablaban en esta región, antes de la Conquista, eran el tapachulteco (familia zoque), el chiapaneco (familia chorotega mangué), el náhuatl (familia yuto azteca), el tzotzil, el tojolabal, el cakchiquel, el chicomucelteco, el mame, y el motocintleco, estos últimos, de la familia maya.

Durante la Conquista y en tiempo de la Colonia, esta región estuvo casi totalmente despoblada y aún entrada ya la época independiente la población era muy escasa. Una serie de acontecimientos, acaecidos a fines del siglo pasado, hicieron que la región se empezara a repoblar, como la llegada del Ferrocarril Panamericano, la erupción del volcán de Santa María que empujara a la población de Guatemala y Centroamérica hacia esta región de la República Mexicana; la fijación de los límites entre Guatemala y México y, por último, la revolución del Brasil, primer productor de café que hizo disminuir en dicho país la exportación de este producto, causando con ello la elevación de su precio en el mercado mundial.

Hacia el año de 1880, principió el cultivo del café en esta región del sur de la República, habiéndose hecho las primeras plantaciones en los municipios de Cacaoatán y Unión Juárez, es decir, cerca de la frontera con Guatemala. Al principio, los arrieros de los pueblos de Tapachula y Huixtla, entonces insignificantes, pero atraídos por el alto precio que había alcanzado el café, tomaron la iniciativa. Sin embargo, bien pronto otros empresarios, alemanes, invirtieron el capital necesario para trabajar a gran escala en la plantación del café, aprovechando las tierras vírgenes propicias para tal cultivo.

La población de los 17 municipios, infestados por la oncocercosis, ha pasado de los 58,278 habitantes con que contaba en el año de 1930, a los 109,835 registrados en el año de 1940, habiendo experimentado un aumento de 51,557 habitantes en diez años, con lo que casi duplicó su población.

Las lenguas indígenas que se hablan aún en la región, según los censos de 1930 y 1940, son:

	1930	1940
Maya	111	86
Quiché	780	1715
Tzotzil	674	282
Tzeltal	155	184
Mame	17,959	16,839

Del cuadro anterior se desprende que el idioma más extendido en la zona es el mame, que cuenta con una gran variedad de dialectos. En esta región, a los indios mames se les llama "tacanecos", término que en ciertas localidades de la misma, tiene un significado lingüístico. Hay núcleos de población que dicen no ser "tacanecos", pues por ejemplo, los habitantes de "El Palmar" se dicen "chenecos", y parece que los individuos de esta comunidad presentan diferencias dialectales que los distinguen de los habitantes de otros pueblos mames; los de "Las Tablas", pueblo cercano a "El Palmar", dicen de los del último que hablan distinto porque son de Tutuapa.

Desde el punto de vista lingüístico, la región es de un gran interés para el investigador debido a los muchos dialectos e idiomas que presenta, ya en vías de desaparición.

En términos generales, puede decirse que el monolingüismo indígena está liquidado en este rincón del país, pues en todos los pueblos que visitamos la gente mayor habla castellano, además de su lengua indígena. Mucho adultos se avergüenzan de hablar la lengua indígena y los niños no hablan más que castellano.

La gente de estos lugares dice que antes se oía mucho hablar la lengua indígena, pero desde que han tenido que ir a las fincas de café a trabajar, han traído el castellano, y ahora todos lo hablan.

El término "tacaneco" tiene, además, un contenido cultural; se llama "tacanecos" a los habitantes que con motivo del tratado de límites de 1888 se quedaron en la zona canjeada por el gobierno de Guatemala, por otra de la costa que pertenecía a México. En algunos lugares, el vocablo adquiere un matiz un tanto despectivo y se le toma como sinónimo de "indio guatemalteco". Los habitantes de la planicie costera llaman a estos indios indistintamente, "caseros" o "tacanecos".

En las faldas del precitado volcán, del lado de Guatemala, se encuentra el pueblo de Tacaná. Este era, según la tradicional organización político religiosa de los pueblos mayanscs, el centro ritual y político de una amplia zona en la que se hallaban los "tacanecos" que, por virtud del tratado internacional de límites, quedaron dentro de la República Mexicana, desvincula-

dos de sus hermanos los "tacanecos" de Guatemala. El estudio comparativo de estos grupos de mames que se hallan a uno y otro lado de la frontera con Guatemala proporcionaría, sin duda, materiales de gran valor para la interpretación de los fenómenos de aculturación. Es posible que las diferencias culturales sean actualmente muy grandes, pese a que hace apenas 55 años los dos grupos eran parte integrante de un conglomerado de cultura homogénea.

He aquí algunos hechos que dan base a nuestra hipótesis. Los "tacanecos" que por efecto de la citada fijación de límites quedaron en territorio mexicano, han cambiado su indumentaria indígena por la no indígena de la región. En ello influyó poderosamente la comisión demográfica nombrada por el gobierno de México, después de hecho el convenio. Dicha comisión procedió en forma drástica y arbitraria, llegando en algunas ocasiones hasta reunir en la Presidencia Municipal a todos los habitantes de un pueblo para obligarlos por la fuerza a cambiar sus vestidos, dándoles de fiado el pantalón de dril y la camisa, y recogiendo allí mismo su indumentaria tradicional.

La indumentaria indígena se hacía de una especie de jerga de lana que los mismos indios tejían, ya en telares españoles, ya en prehispánicos. Los hombres llevaban un calzón blanco y encima de éste un pantalón de jerga, abierto, que se amarraba por detrás, asegurándolo con una faja. A la fecha, en toda la región no se ve ya un solo traje de este tipo. Solamente las ancianas conservan hoy la antigua indumentaria femenina, la que consiste en una falda hecha de un corte de tela azul, que llaman "rollo" y que compran a los comerciantes ambulantes que llegan de Guatemala, la cual ciñen por atrás mientras que por delante ostenta un gran pliegue que sujetan sobre la falda con una faja tejida con estambres de colores. Completa este vestido un tipo especial de camisa de manga larga.

Mientras que en México la Comisión demográfica imponía al indio una incorporación un tanto forzada, en Guatemala se tomaban medidas que acentuaban la diferencia entre indios y no indios, como la exclusión del servicio militar obligatorio para la gente que usaba indumentaria indígena; esto reafirmaba en los indios tacanecos del otro lado el uso y conservación de su vestido tradicional a fin de aprovechar la excepción de que se les hacía objeto. Esto mismo hizo que algunos trabajadores "tacanecos" de Guatemala, cuando cruzaban la frontera para venir a trabajar en las fincas cafeteras mexicanas, cambiaran su pantalón de jerga por el de dril, a fin de confundirse con los mexicanos, y que cuando regresaban a Guatemala nuevamente vistieran su ropa de costumbre con objeto de no prestar servicio militar.

Los mames del territorio mexicano se han asentado en las partes más altas de la Sierra Madre, lo que no ha impedido que algunos pequeños núcleos se sigan movilizando, al agotárseles las tierras que utilizan para el cultivo del maíz. Algunos grupos han bajado hasta la planicie costera por la parte del cerro de Ovando, llevándose sus carneros, pero estos animales no han resistido el calor de las tierras bajas y se han extinguido.

La ocupación ordinaria de estos indios es el cultivo, y siembran principalmente maíz y café. Muchos pueblos de las partes más altas carecen de plantaciones propias de café, y viven del cultivo de la papa y maíz, así como del pastoreo de sus carneros, completando sus ingresos familiares con el trabajo a jornal en las fincas cafeteras de la región. Otros, en cambio, son pequeños propietarios o ejidatarios que explotan reducidas plantaciones de café.

La siembra del maíz se hace a base del sistema de roza, utilizando un machete como única herramienta para la tala del monte. Las tierras que se utilizan al efecto, en fuerte declive como todas las de la Sierra Madre, se erosionan rápidamente con las torrenciales lluvias de la región, y al cabo de unos cuantos años quedan completamente inútiles para cualquier cultivo. En cambio, estas mismas tierras son ideales para el cultivo del café debido a su clima y, además, porque los árboles que se utilizan en las plantaciones para dar sombra a los cafetales, impiden la erosión del suelo.

Respecto a la alimentación, en los lugares más fríos toman el maíz en forma de tamales, de atole o pozole, y raras veces lo consumen en forma de tortillas.

La organización política de estos pueblos toma forma, en algunos casos, mediante el nombramiento de ayuntamientos dobles cuyos miembros prestan sus servicios turnándose cada quince días porque estos puestos no son remunerados. Cada jefe de familia es considerado como contribuyente y tiene la obligación de proporcionar cierta cantidad en metálico para las obras públicas, así como de dar servicio como policía durante una semana por año.

De la vieja organización política indígena queda este fuerte espíritu de cooperación y algunos vestigios de antiguos ritos, como cuando toma posesión de su cargo el cuerpo de autoridades, si bien es que esto no se encuentra en todos los pueblos. Hay, además, un ánimo de progreso muy grande; cada pueblo tiene su escuela rural y su campo deportivo construidos con la cooperación de los habitantes, y todos los niños, jóvenes, y en ocasiones adultos, acuden a ellos.

En el aspecto religioso la gente ha abandonado las organizaciones de ese carácter, en las que participaba activamente. Cuentan los viejos que antes

había “mayordomos” para vigilar el aseó y el adorno del templo y “prios-tes” encargados de las fiestas a los santos. No obstante, desde hace 20 años dejó de nombrarse a estos funcionarios, y muchos pueblos de reciente erección no tienen templo para el culto católico. A pesar de eso, cada año se organizan en muchos de ellos las danzas para las fiestas religiosas, como si las hubiera. Las más extendidas en la región son “El Toro”, “La Granada”, “Los Moros”, y “La Conquista”. Los misioneros protestantes de la secta Evangelista han realizado, con buen éxito, una campaña para ganar adeptos a dicho credo religioso.

Perduran aún muchas prácticas y conceptos característicos de su cultura tradicional. La siembra, por ejemplo, debe hacerse durante ciertas fases de la luna, distintas para cada cultivo; cuando la luna es nueva, deben sembrarse la caña de azúcar y el plátano, pues sólo así brota una gran cantidad de hijuelos, que es lo que se desea preferentemente para la reproducción de estas especies; en cambio, para la milpa debe haber luna llena. Antes de cada etapa de labor agrícola, como la roza, la siembra o la limpia, se hace una serie de ritos en los que se enciende candela, se quema copal y se pide a la tierra que brinde sus frutos. Después de la cosecha del maíz, se buscan las mazorcas dobles, símbolo de fecundidad, a las que se viste de papel de china, adornándolas con espigas de maíz, para hacerles fiesta con música de marimba, al par que se baila llevando las simbólicas mazorcas. Después se les coloca sobre un altar, iluminado con luces de candela y perfumado con incienso.

Dícese en la región que con frecuencia han aparecido mazorquitas parlantes, que amenazan al hombre con abandonarlo si persiste en la idea de cambiar el cultivo del maíz por el del café; los lugares donde aparecen estas mazorcas son teatro de verdaderas romerías; los hombres les llevan ofrendas y les prometen no dejar el cultivo del maíz.

Hay un culto muy arraigado a la tierra —a la que llaman “Santo Mundo”— al que casi siempre se asocia el agua; hay, además, espíritus dueños de los cerros y de las cuevas, a los que se hacen también ritos especiales, pidiéndoles permiso para cazar por mediación de los “chimanes”.

Este culto a la tierra, origen y fin de la vida, se aprecia mejor cuando se considera en relación con la vida del hombre. Así, para prevenir a los recién nacidos contra las enfermedades y la muerte, se entierra una pequeña cruz en la orilla de un arroyo, o cerca de un pozo, rito conocido por “sembrar los hijos”; un “chiman” es el encargado de practicarlo a los nueve días de nacido el niño. El “chiman” pide a la tierra que dé vida y salud al nuevo ser, que no se lo coma, y, en cambio de aquel pequeño cuerpo, le entrega la cruz, que es enterrada. Cuando los niños han sido sembrados, tienen asegurada la salud

por toda su vida, pero de no hacerlo así todas las enfermedades sobrevendrán sobre los que no lo hayan sido. Este rito es obligatorio para todos aquellos cuyos padres fueron "sembrados" en su niñez.

También para la cura de muchas enfermedades se hacen ofrendas de sangre a la tierra. Los "chimanes", oficialmente proscritos, tienen una función de primer orden en estas curaciones. Reúnese un grupo de iniciados en una casa, para curar a otro grupo de enfermos. Estas reuniones llegan a ser muy numerosas y se dice que en ocasiones pasan de 100 los individuos entre "chimanes" y enfermos. Cada enfermo ha de llevar un gallo para ser decapitado, a fin de que beba una parte de la sangre y el resto se riegue en el suelo. Cuando alguien muere, su cuerpo tiene que ser bañado, a efecto de no macular las entrañas de la tierra.

En conclusión, podemos decir que la cultura de los mames de la República Mexicana está cambiando rápidamente, gracias a la movilidad del grupo, a sus relaciones económicas con la gente no india de las fincas cafeteras, y a la influencia de algunas instituciones de la cultura occidental, como la escuela y la misión protestante Evangélica. Este cambio se inició con gran rapidez a causa de la fijación de los límites entre México y Guatemala, lo que determinó la separación de los mames en dos grupos, uno de los cuales quedó en el país vecino. Por fin, habremos de hacer hincapié en la necesidad de una investigación comparativa en ambas partes de lo que fué, hasta hace poco, un solo pueblo y una sola cultura, lo que permitirá obtener abundantes materiales para el estudio de la transculturación que se esbozó en este breve artículo.

